

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL CULTO HUMANITARIO.

ARTÍCULO IV.

En su loco desvanecimiento el hombre, al erigirse en rey de la tierra y en principio y término de sus facultades y tendencias, no es que consiga realzar su independencia sino deprimiendo su carácter y su destino. Todos los títulos con que le plazca condecorarse, todos los derechos que se le antoje atribuirse, en nada cambian su naturaleza; y si en lo físico no pueden añadirle una pulgada más de altura, un grado más de fuerza ni un momento más de vida, tampoco á su espíritu comunican mayor luz ni á su voluntad mayor eficacia. En una palabra, el hombre por ser dios ni sabe ni puede más que cuando se reconocía simple criatura, y se queda con la oscuridad y la flaqueza de primero, menos los resplandores de lo sobrenatural que se han eclipsado á sus ojos, menos las fuerzas que se le han retirado de arriba, menos los consuelos y las esperanzas de la inmortalidad. Su fantástica soberanía no le somete los cielos, ni le abre entrada á la inmensidad de los espacios, ni le franquea los tesoros de lo infinito; esclavo prófugo y rebelde, no procura sino afianzarse sobre ese peñón desierto lanzado en el vacío, y para su mayor seguridad figurárselo rodeado de abismos inaccesibles. Belleza, bondad, ventura, todo lo que servía de objeto á su espíritu y atraía con vehemencia su corazón, tiene ya que buscarlo en esa tierra á

cuyos límites se ha circunscrito; poder, sabiduría, todas las fuerzas, todos los medios de acción, dentro de sí propio debe hallarlos como agente supremo y absoluto: aquí le es preciso levantar su trono, aquí le es forzoso establecer su paraíso. Sus facultades deben rebajarse al nivel de los objetos que han de ocuparlas en su reducida esfera, sus deseos deben constreñirse dentro de los alcances de su nueva condición, feliz si logra despuntar el aguijón que incesantemente los espolea hacia lo infinito; sus necesidades se limitan á las que puede por sí mismo satisfacer, las demás se esfuerza en destruirlas ó al menos disimularlas. Entre la tierra y el cielo se levanta una barrera, y en ella tropiezan á cada instante, como pájaro en los mimbres de su jaula, la voluntad y la inteligencia del hombre; en ella detienen su vuelo, en ella quebrantan sus ímpetus; y revolviendo con nueva furia sobre el mezquino pábulo que se les ofrece, lo disputan y consumen con insaciable actividad. Hay pues para el hombre una reducción de horizonte á medida que pretende elevarse, una restricción en sus facultades é inclinaciones al paso que blasona de emanciparlas, una privación en su libertad, un sacrificio inmenso en su conquista; y basta comparar lo que adquiere con lo que renuncia, para medir lo que va de su miserable y abyecta soberanía á su feliz y gloriosa servidumbre. El hombre, aspirando á ser grande como Dios, ha dicho «me haré bastante pe-

queño para la tierra»; y al escapar de las manos de su Hacedor, ha llamado madre á la naturaleza, á la materia, á la podredumbre, y hermanos á los brutos, á las plantas y á los gusanos.

Lastimoso pero interesante espectáculo es ver á esta criatura predilecta luchar inquietamente entre los delirios de su pervertida razón y la voz generosa de su indeclinable conciencia; verle hundirse en el cieno por un loco orgullo, y alzar luego la frente por un instinto mejor que su sistema; verle concentrar en la tierra sus afanes, y rebosar continuamente de tan estrecho círculo á pesar suyo sus pensamientos, sus anhelos, su actividad. El *idealismo*, como se ha dado en llamar actualmente á lo que es del espíritu en contraposición al *positivismo* de la materia, le persigue en todos los órdenes y bajo cualesquiera formas, por mas que se empeñe en desvanecerlo cual engañosa ilusión. En las ciencias, en las artes, en la literatura se introduce como protestando contra el reinado del materialismo; y bien que sus fugitivas centellas no consigan abrir los ojos á la verdad, turban al menos la satisfaccion insensata de los que aplauden los supuestos adelantos, mostrando la postracion y decaimiento á que se ha llegado, y los gérmenes de muerte que abriga nuestra decantada cultura. Porque en el órden intelectual, lo mismo que hemos ya observado en el moral y en el político ¿qué hallamos sino degradacion, desórden y miseria? ¿qué vemos sino esterilidad y aridez? La materia en su rebelion ha vengado por sí misma al espíritu, como el hombre ha vengado á Dios constituyéndose su propio verdugo.

En todas las esferas de la actividad humana reina en el dia ese carácter de estrechez y mezquindad, inherente á los objetos á que exclusivamente se aplica y á los principios que la regulan. La ciencia de nuestros tiempos es del todo práctica y utilitaria, y renunciando á todo interés científico se ha puesto á sueldo de todos los intereses materiales, se vende y alquila á toda industria. Sus descubrimientos no se realizan en el dominio intelectual, no se ocupan sino de hechos, y su

mérito é importancia se mide por las ventajas positivas é inmediatas que proporcionan á las necesidades ó placeres de la sociedad. Nada de abstracto, nada de contemplativo, todo concreto, tangible, aplicable; cual si el destino de la ciencia, un tiempo guía y auxiliar del hombre y digno asunto de sus mas nobles facultades, no fuera otro que el constituirse sierva y proveedora de su vida material. Y aun dejando aparte las regiones morales y filosóficas hoy casi desiertas y abandonadas, y que apenas invaden nuestros sabios sino para enarbolar en ellas la bandera del materialismo, aun limitándonos á la ciencia de la naturaleza en sus diversos ramos, observaremos notablemente mayor ahinco en cultivar los que mas se refieren al bienestar y servicio del hombre. Las especulaciones de la fisica, la observacion de las leyes generales del universo han perdido mucho de su interés, y Copérnico y Newton tendrian que ceder el paso al primer analista químico ó inventor mecánico que duplique las ganancias de una fábrica. Disolver los elementos de los cuerpos y formar otros artificiales á fin de satisfacer los caprichos del lujo, descomponer y combinar sustancias, aplicar principios, repulir invenciones, jugar digámoslo así con la materia, descubrir nuevos oficios y nuevos medios de producir para engendrar nuevas necesidades de consumir, ved aquí la ciencia favorita, la mas análoga á las jactanciosas pretensiones y frivolidad pueril de esta generacion, que se lisonjea de crear los seres ficticios que trasforma, y de reinar sobre esa turba de máquinas que obedientes á su impulso no le dispensan del trabajo sino para robarle á veces el sustento.

Así la industria se va erigiendo á la vez en dueña de la ciencia y de la sociedad; forma la ocupacion de los pobres y la fortuna de los ricos, el cuidado de los gobiernos y el afan de la muchedumbre, decide de la marcha de los gabinetes y hartas veces de la suerte de los pueblos, tiene sus palacios y sus cortes como soberana y casi sus templos como diosa, absorbe la actividad de las cabezas y de los brazos que en otro tiempo se repartia en tan vastas y diversas atenciones. La mis-

ma agricultura, que mostrando al hombre su dependencia le ponía en relaciones con el autor de la naturaleza que envía los rayos del sol y el riego de la lluvia, ha tomado el carácter industrial presumiendo de creadora, como si el cetro, con que pretende someter los campos y desafiar las nubes, fuera otro que el instrumento de su trabajo. Por do quiera se presenta el hombre como propietario y absoluto dueño, para todo se cree con ingenio y fuerza; y cada desengaño de su omnipotencia, cada recuerdo de subordinación le contrista y exaspera.

¿Y qué podremos añadir acerca de la literatura y de las artes, habiéndose convertido en simples ramos de la industria? ¿dónde está la inspiración, dónde la firmeza de principios, dónde el sentimiento de la belleza? El poeta era un sacerdote, hoy es el ídolo de sí mismo; era el intérprete, hoy el autor de su número; crea y no se inspira; manda y no obedece. Todo es de convención, todo para el consumo; se sustrae de las reglas, pero se esclaviza tras de la moda; niega la autoridad á lo más augusto de los pasados, y se la concede á lo más efímero de los contemporáneos. No cabe expresión más completa del culto humanitario que la moderna literatura en su pretenciosa jactancia y en su real envilecimiento, en sus ínfulas de libertad y en su bajez de servilismo.—*Mayo de 1850.*

Estos artículos escribía hace más de veinte años; y han sido tan pocas las mudanzas ocurridas en este tiempo, que no me han obligado á retocar en el cuadro la más leve pincelada. El mal, que parece de ahora, existía ya á la sazón: verdad es que se ha desarrollado mucho desde entonces; pero á medida que se hacen más patentes los estragos, tornan más expresivas y útiles las lecciones. A mayor rebelión mayor castigo, á más alta presuntuosidad más profunda caída. Hoy dichas observaciones tienen más actualidad que cuando se escribieron; y es que la experiencia se ha encargado de ilustrarlas.

J. M. Q.

REFLEXIONES

SOBRE LA VERDADERA CARIDAD.

II.

Otro de los puntos en que se distingue la caridad católica de lo que no es ella por más que pretenda adquirir sus honores, es la humildad y modestia con que aquella ejercita sus obras. El que ama al pobre por amor á Jesucristo, el que haciendo bien al pobre cree servir y quiere imitar á Jesucristo, el que vé en el pobre á Jesucristo, ¿cómo no querrá que el tesoro de las buenas obras practicadas en favor del pobre se esponga lo menos posible á ser disipado por los vientos del mundo, y robado su mérito por los enemigos de su salvación que de continuo nos asaltan en el camino del cielo? Ah! la verdadera caridad se contenta con que sus obras sean vistas del Padre celestial, y con que él las acepte y las bendiga; y siempre que no se interese en la publicidad la gloria del mismo Dios, teme la vista del público, como una vírgen sencilla y pudorosa teme las miradas del hombre lascivo y relajado. Por eso obra sin ruido y sin ostentoso aparato. Siembra el bien en el silencio y la oscuridad, y deja á Dios el cuidado de darle fruto é incremento; y cuando este es tan grande que ya no puede ocultarse á la vista del mundo asombrado, hace cuanto le es permitido para que todas las miradas se aparten del instrumento que sirvió para obrar la maravilla, y que fijándose en el poder de Dios esclamen los admiradores: *A Domino factum istud: el Señor ha obrado esto.* ¡Cuántos necesitados socorridos, cuántas inteligencias extraviadas vueltas á la luz, cuántos corazones preservados de la corrupción ó desviados del camino del desorden, cuántos desgraciados detenidos al borde de un horrible precipicio, ignoran é ignorarán hasta el día de las grandes revelaciones, quién ha sido después de Dios el agente de su remedio, el móvil de su mejoramiento! ¡Y cuántos de los que han tenido quizá la principal parte en grandes obras de caridad que el mundo admira, han puesto tanto empeño é industria como en llevarlas á término, en dejar su

nombre sepultado en el olvido! Verdad es que no siempre sucede esto, y que á veces por grande que sea el empeño del hombre en ocultar sus obras, Dios hace ó permite que el mundo las conozca y le conozca; pero esto no quita que la caridad sea por su propia índole enemiga declarada de la ostentacion y de la gloria mundana.

Al revés enteramente el humanitarismo filosófico. Presumido y ambicioso, ansía que se publiquen todas sus obras, y que las cien trompas de la fama lleven noticia de ellas á todos los ángulos del mundo. ¿Qué extraño es? El mundo es su cielo, y su propia glorificacion en esta vida toda la recompensa que espera. Oid cuanto se viene hablando, leed cuanto se viene escribiendo por grandes capacidades filosófico-humanitarias: y notareis siempre y en todo las respiraciones del orgullo y del amor propio. Planes, muchos planes; proyectos, grandes proyectos llevando á su frente ó á su pié un nombre; ved ahí lo que abunda cuando se trata del pobre por los que no se hallan animados de sentimientos de caridad verdadera. Entretanto buscad un Juan de Dios, un Vicente de Paul, un Gerónimo Emiliano, un José Calasanz. buscad quienes sacrifiquen su salud y su vida por salvar el alma de un miserable sin ansiar mas gloria que la gloria de Dios.

Buscad, repito, una escena tan interesante, una cosa que se le parezca en el paganismo. Buscadla en los pueblos tipos de cultura y de humanidad gentilica: ved si la hallais en Roma ó en Atenas, aun en los tiempos de su mayor ilustracion y dulzura de costumbres. Buscadla, sino, en los pueblos que se han apartado de la unidad católica... ¡Ah señores! no os molesteis. Fuera de los pueblos en que reina el espíritu católico ejerciendo su poderosa y benigna influencia, vereis siempre al rico alejarse del pobre: y aun en los pueblos católicos este alejamiento empieza y crece, en proporcion que baja el saludable influjo de las doctrinas de amor y de abnegacion que la Iglesia católica predica constantemente.

Quizá no habré sido exacto al espresarme en términos tan absolutos. En esos pueblos

de que acabo de hablar vereis sin duda al rico buscar alguna vez al pobre, acercarse al pobre. ¿Sabeis cómo? ¿sabeis para qué? como á una cosa que puede serle útil, que puede explotar. Busca el rico al pobre como un objeto que se compra para el servicio, como una pieza necesaria para que funcione una máquina en provecho de su dueño.

Y ¿qué importa que, al ver al pobre degradado, salga alguna vez de un pecho pasageramente enardecido de *filantropía* la celebrada sentencia: *res sacra miser*, el pobre, el miserable es una cosa sagrada? El clamor filantrópico y los gemidos del pobre se perderán, no lo dudeis, entre el tumulto de los festines del rico; y el pobre seguirá, si quereis, siendo una *cosa sagrada*, pero que debe alejarse de la vista del rico profano para que no turbe sus goces.

Acercarse el rico al pobre con la dulce sonrisa del cariño fraternal, tomar al pobre de la mano para acompañarle ó conducirlo en el penoso camino de la vida, creerse verdaderamente grande en rebajarse al nivel del pobre para hacerle el bien sin ofender su dignidad, tener sus delicias en estar al lado del pobre para llevar á su entendimiento un rayo de luz y á su corazon una gota de consuelo, instruir al pobre, educar al pobre con celo amoroso y sin mas interés que el de servir á Jesucristo en la humilde persona que le representa; esto lo ha venido á hacer comun y ordinario el dulcísimo poder de la fé católica, pero es casi desconocido en los pueblos que no la recibieron ó que la han abandonado.

Bien sé que en estos últimos hay algunos establecimientos humanitarios.—*Calabozos filantrópicos* podríamos quizá llamarlos, tomando la espresion de un ingenio agudo.—Si alguna vez los visitais detenidamente, y penetrais mas allá de lo que á primera vista aparece, notareis lo que jamás se oculta al hombre de corazon, esto es, la gran diferencia que hay entre los servicios de la verdadera caridad y los que organiza y sostiene oficialmente la utilidad ó la necesidad pública. La educacion y modo de tratar en ellos á los pobres os convencerá de que esa rela-

cion afectuosa, esa comunicacion fraternal de sentimientos entre el pobre y el rico que levanta suavemente á aquel sin rebajar á este de una manera indigna, es efecto esclusivo de la caridad católica. Y es preciso tener muy presente que cuando se trata del pobre, no se trata de un sér inferior á nosotros, y que no está todo en sostener su ser físico. El pobre tiene un corazon cuyas exigencias no se satisfacen con un mendrugo de pan ni con un trozo de carne. Tiene un corazon que ama y necesita ser amado. Aisladle, separadle de vosotros con desden, privadle de la comunicacion con vosotros y de respirar el aire que vosotros respirais: ¿qué importa que le alargueis á ciertas horas un alimento para sostener sus fuerzas físicas? Mantendreis en pié un cuerpo, pero matareis quizá un corazon y tal vez perdereis un alma.

Si algo pues quereis ver de esos desvelos prácticos, de esos buenos oficios verdaderamente fraternales, no vayais á buscarlo en el círculo de los que tienen siempre en la boca los *derechos y la dignidad* del pobre, sin pensar jamás en los deberes que ellos tienen para con los mismos pobres, ni en tomarse el trabajo de enseñar á los pobres los deberes que tienen para con Dios, para consigo mismos y para con sus semejantes. Buscadlo en estas asociaciones de caridad que en vez de hablar obran, y en vez de escribir llevan socorros corporales ó espirituales al pobre. Buscadlo entre esas personas de la alta sociedad que dejan las comodidades de sus casas, las delicias de la propia familia, y alguna vez hasta el trage propio de su clase para hacerse mas accesibles al pobre, al ignorante, al afligido, y proporcionar á cada uno el remedio de su necesidad.

Buscadlo entre esos honrados comerciantes y virtuosos artesanos que ansían el momento de dejar sus diarias tareas para ir á visitar y socorrer á sus pobres: buscadlo en esa juventud de uno y otro sexo que consagra las nobles y ardientes afecciones de su corazon al pobre, viendo en él lo que puede ser el objeto mas digno de su amor, Dios y el hombre. Buscadlo en fin entre esas señoras de dife-

rentes clases que, por una disposicion admirable de la divina providencia, vemos en nuestros dias rivalizar en tierno y cariñoso celo por aliviar la dura suerte de los pobres.

Imitad, imitad todos, ó ricos del mundo, esa laudable conducta. Si quereis ser grandes ante Dios, humillaos ante el pobre, representacion viva del hombre Dios. Que vuestro amor al pobre sea un amor activo, laborioso, eficaz. Dejad, dejad á la poesía filantrópica satisfacer su orgullo entonando cánticos adulatorios al pobre: dejadla ornar la malicenta y arrugada frente del pobre con flores que se marchitan al soplo de la adversidad. ¡Oh! ni la inteligencia del pobre se ilustra, ni su corazon se dulcifica y ennoblece con cánticos de adulacion; ni sus fuerzas se sostienen ni sus ateridas carnes se abrigan con flores que se disipan. *No amemos, dice S. Juan, de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.*

EL OBISPO DE ÁVILA.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

EL ARTE COMO ESPRESION DEL SENTIMIENTO CRISTIANO.

«Desde la imperfecta pira levantada para celebrar el primer sacrificio hasta los colosales templos de la India, desde los fastuosos monumentos de Babilonia hasta la pureza del Aticismo, desde la decadencia del arte Románico hasta las aberraciones artísticas de los postreros siglos,» el arte no es mas que la manifestacion del sentimiento religioso, legítimo ó adulterado: lo habia probado el Sr. O'Neill en su penúltima conferencia; en la última se concretó ya á presentarlo como expresion del sentimiento cristiano. De la misma manera que las aspiraciones á lo bello é ideal se concentran y depuran en la esfera religiosa, así tambien las aspiraciones religiosas convergen ácia la única fé, ácia el único culto verdadero; y por esta gradacion, estrechando de cada vez el círculo y pasando por los tres tamices, llega el arte á su mas puro y sublime desarrollo.

«La Iglesia, dijo, gira en dos órbitas distintas, el espíritu y la materia, de cuya accion recíproca no puede prescindir en este mundo, ni mas ni menos que los hombres que la formamos. Puede la Iglesia, considerada en la esencia de su espíritu, existir sin arte, sin la belleza del arte, como existe el alma sin cuerpo, como existen en deformes cuerpos hermosísimas almas; pero unida á ella el arte, recibe todo el encanto, ó la vida por mejor decir, que del alma recibe el cuerpo.

«La Iglesia no tiene arte propio, pero tiene propiedad de arte. Benigna, bondadosa, almite todo cuanto no dañe su benéfica acción, todo cuanto esté en condición servible para sus elevados fines. Sepultada durante los tres primeros siglos de su existencia en las húmedas catacumbas, allí estaba sin esplendor alguno, pero con la misma fuerza de hoy día en la magestuosa basílica del Vaticano; porque ese triste y sensible intervalo de prueba, que á los ojos de muchos extraviados parece ofuscar su brillo, sujetar su fuerza y dejar encadenado su poder, no es más que la débil sombra de ténue nube que un rayo de sol evapora. En las catacumbas muriendo su invisible cabeza conquistaba imperios, la metralla de sus ejércitos era la sangre de sus mártires: aquí ahora los ojos de su jefe levantados al cielo son el rayo que hiere á los nuevos tiranos, las oraciones y los lamentos de sus hijos serán las armas de duro temple que destrocen las descreídas legiones que pretenden aniquilarla.

«Tres siglos de persecución continua, de implacable esterminio, obligaron á la Iglesia á vivir concretamente en espíritu; pero pasó el primer tiempo de terrible prueba, apareció al fin la aurora de su triunfo, y al lucir para ella el día de la victoria tuvo necesidad de galas, porque el vencedor siempre se rodea de cierta auréola brillante. Y circunstancia notable! esas galas, esas riquezas no las tomó siquiera por derecho de conquista; sus vencidos adversarios espontáneamente con ellas la adornaron. Y ella, lo que admitió con predilección y preferencia como material vestido de su espíritu, fué el arte: y efectivamente ¿qué mejor adorno para ella que la belleza del arte, si es el arte la expresión del sentimiento, y el sentimiento el lenguaje del alma, y el alma el reflejo y semejanza de Dios?

«La Iglesia, sin distraer entonces ni jamás su principal atención del orden espiritual, supo unir maravillosamente á él lo concerniente al orden material, viniendo á formar lo que me parece poder definir con el nombre de *civilización católica*. Tuvo pues necesidad de templos para ejercer su culto; los sacerdotes necesitaron ornamentos, los obispos y demás prelados insignias correspondientes á su noble y elevada gerarquía, el sumo pontífice palacio y bienes para atender á las necesidades generales de sus hijos, y libertad é independencia absoluta para cuidar á su pueblo esparramado en breve por todo el mundo. Y libre quedó la Iglesia, y Roma reservada al papa hasta cierto punto, al trasladarse el emperador Constantino á Bizancio para establecer allí su nuevo imperio. A principios del IV siglo registra la historia ese grande acontecimiento religioso, social y artístico.»

Trazó en seguida la degeneración del arte antiguo en los postreros siglos del Imperio, hallando sus caracteres en la *violencia de la forma, descuido de la línea, exageración del detalle y complicación del conjunto*, y asignándole por causa el increíble lujo y molición en que había caído la sociedad romana, cuyo cuadro presentó con vivas pinceladas y eru-

ditos detalles. No fué menos curiosa la descripción que hizo de las improvisadas grandezas y monumentos de Bizancio, á la cual estaba reservado dar nombre y origen al nuevo arte, cuyo principal distintivo cree descubrir en la *riqueza*.

«No era posible, añade, que tan repentina transición se efectuase variando radicalmente el arte, afinando de pronto con un carácter propio para la naciente y triunfante religión. El arte, señores, nunca se forma cómo ni cuándo se quiere: su forma material germina en el espíritu de la sociedad, y en armonía con sus creencias y como satisfaciendo una necesidad brota y aparece, marca su tiempo y pasa á los futuros siglos como documento histórico. Ni la Iglesia dirigió su primer cuidado á la reforma del arte, porque admite todo lo que sea razonable y decoroso al servicio del culto.

«Con el arte, con el gusto Bizantino el cristianismo realizó una creación artística, porque aunque no presenta nada nuevo en sus partes, presenta una novedad en su conjunto: utilizó todo lo que era conocido ya, y por esta razón la riqueza material viene á formar la parte constitutiva, el principal carácter de ese gusto del arte, que podemos considerar también como intermediario entre las dos grandes y principales épocas de su brillante desarrollo, la Antigüedad y el Renacimiento.»

No pasaron desapercibidas para el Sr. O'Neill las formas simbólicas que revistieron los primeros templos cristianos del Oriente, la cúpula que cubría su recinto polígono ó circular imitando la bóveda del firmamento, las naves que más adelante se prolongaron cortándose en figura de cruz. Pero en lo que más se detuvo fué en la riqueza de su ornato, correspondiente á la fastuosidad de los tiempos. «Los más costosos colores, los mármoles más raros, los alabastros más finos, los jaspes más diversos, los metales más caros, las piedras más preciosas entraban en profusión en sus adornos: el mosaico suplía la pintura, y no precisamente porque entonces no existiesen pintores, sino porque el mosaico se prestaba á la incrustación del cristal y del oro y de las piedras finas: los ornamentos del culto, los vestidos de los sacerdotes eran de un trabajo delicadísimo en su clase de tejido y su bordado, en el cual no dejaban casi nunca de engastarse con profusión la pedrería y gruesas perlas: sus libros de finísimo pergamino, adornadas sus páginas de caprichosas letras y graciosas miniaturas, con cubiertas de pacientísimo trabajo parecido á elegante filigrana: las cruces y las lámparas, los relicarios y los báculos de los obispos, en una palabra todo lo referente al nuevo culto, es apreciado todavía como precioso modelo de un gusto que por lo costoso hubo necesidad de abandonarlo.»

A continuación nos ofreció con gracia el contraste existente entre ese tipo primordial y las pálidas reminiscencias que de él se advierten en iglesias muy posteriores en data y que solo impropriamente pudieran llamarse bizantinas, aun prescindiendo de las renovaciones que han sufrido más adelante.

«Pasó hasta nosotros, dice, al través de quince siglos una leve sombra, como un recuerdo del arte bizantino: á él pertenecen los templos en forma de cruz y cúpula en su centro; en toda poblacion de regular importancia podeis ver algunos de ellos; pero no conoceréis de ese gusto mas que su parte puramente simbólica, la bóveda de la cúpula, la cruz de sus naves: al pavimento de mármol sustituyó el toscó ladrillo, al rico y dorado fondo de sus bóvedas y muros la ingrata blancura de la cal, á los adornos de sus arcos y cornisamentos el ocre amarillo y el rojo almagre, y en dias de gran fiesta algunas tiras de papel pintado figurando galones en los bordes de rozado terciopelo: los altares en vez de ostentar los difíciles mosaicos de piedra dura, se cubren con frontales de aparente riqueza en sencilla tela; los retablos por lo general llegaron á transformarse en una indefinible aglomeracion de mamarrachadas platerescas, barrocas y churriguerescas, que nada significan como símbolo, nada expresan como sentimiento, nada manifiestan como gusto, y nada son como arte.»

Despues de mencionar la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, la del Santo Sepulcro en Jerusalem y algunas muy notables de Italia como principales monumentos de aquel período, concluyó diciendo: «Ahí teneis brevemente reseñado el especial carácter de ese arte, no sé si decir puesto al servicio de la Iglesia ó creado por la Iglesia. Aparecerá á los espíritus ligeros como un contrasentido que el fondo de su doctrina, *humildad y pobreza*, se predicase en templos costosos y riquísimos; pero no olvidéis que sus primeros siglos los pasó en las sombrías catacumbas, que en varias épocas practicó su culto en pobrísimos templos, que de continuo y en distintas partes del mundo se ve pobre, miserable y perseguida como en sus primeros dias, y que en los presentes tiempos, gracias á una nueva persecucion no menos terrible por mas embozada y artera, se ve generalizada su pobreza en todas partes... Y sin embargo ved á la Iglesia en sus templos, despojados unos, arruinados otros y amenazados de igual suerte los que restan, predicando hoy lo mismo que ayer, lo mismo que mañana.»

«Esencia es del arte estar en armonía con el espíritu de la Iglesia. Puede la Iglesia prescindir del arte; pero este halla, halló y hallará siempre en la Iglesia su mas decidida protectora, su refugio, su salvacion, su vida.»

Hoy el Pro. D. Miguel Maura, continuando la série de sus discursos referentes á *la familia*, pronunciará el quinto sobre *la madre*.

CIRCULAR DE LA JUNTA SUPERIOR DE LA ASOCIACION

SOBRE ELECCIONES DE DIPUTADOS Á CORTES.

Algunas juntas provinciales han consultado á esta superior acerca de la actitud que deberian tomar en las próxi-

mas elecciones de diputados á Cortes, en atencion á los gravísimos inconvenientes que ofrece el que los católicos se retraigan completamente de ellas, dejando el campo libre á los enemigos de nuestra santa religion. En tan delicada materia, la junta ha creído que no debía proceder de ligero, ni dar tampoco por ahora una respuesta definitiva.

El art. 3.º de nuestro reglamento dice: «Son estraños á la Asociacion los fines políticos propiamente dichos, bien que todos y cada uno de sus miembros puedan y deban usar para el fin propio de ella los derechos que les confieran las leyes del estado.»

La junta superior cree que en el cumplimiento estricto de este artículo está la solucion al presente caso y á otros análogos que puedan ocurrir. La Asociacion, como tal Asociacion, ha rehuído el tomar parte en la política propiamente dicha, adherirse á ningun partido, ni formular opinion ninguna directa ni indirectamente acerca de cuestiones personales. Ha tenido siempre presente lo que ofreció á su santidad al darle cuenta de su instalacion y la contestacion que en igual sentido se le dió por la santa sede, como á sociedad que, *enteramente ajena á la política*, se emplea únicamente en amparar con todas sus fuerzas á la santa Iglesia.» Al poner estas palabras al frente de todos los números del Boletín, nuestros queridos consocios han podido comprender la gran importancia que les da esta junta y el deseo de que no caigan en olvido.

Pero el socio católico no se priva de sus derechos políticos é individuales por entrar á formar parte de nuestra querida Asociacion; antes bien el reglamento mismo, que le ha de servir de norma, los deja enteramente espeditos.

Planteada la cuestion de esta manera, la solucion es bien sencilla. Nuestros queridos consocios en sus respectivas provincias mirarán lo que pueden y deben hacer. Los casos no son siempre iguales, y por tanto las reglas tampoco pueden ser absolutas; y en atencion á tales razones, esta junta superior, supuesta la libertad de accion que el reglamento deja á nuestros consocios, se limitará, al menos por ahora, á consignar á esas juntas provinciales las dos reglas siguientes:

1.ª Los socios para el ejercicio de sus derechos políticos deberán tener por fin el bien, no solamente de la patria de que comunmente se habla, sino tambien y mucho mas el de nuestra santa religion, y para ello aconsejarse de personas sensatas, y en cuanto sea posible, de nuestros señores socios protectores y de honor.

2.ª No comprometer nunca su voto, ni menos prestarlo en ningun caso, á favor de ningun candidato que no sea católico *fervoroso y práctico*, y que ofrezca defender enérgicamente los derechos de la Iglesia y de la santa sede, sin dejarse llevar fácilmente de las protestas hipócritas que en tales casos suelen hacerse por sugetos que solamente son católicos en el nombre.

Es cuanto sobre esta delicada materia puede decir la junta superior por ahora á todas las juntas de España en su respectiva esfera, y á nuestros queridos consocios individualmente. Con este objeto acordó la insercion en el Boletín de estas advertencias, que las juntas procurarán leer, como todas, en la primera sesion que celebren despues de recibido este número del Boletín.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid 7 de enero de 1871.

CRÓNICA.

CIRCULAR DEL CARDENAL ANTONELLI

SOBRE EL VIAJE DEL REY VÍCTOR MANUEL Á ROMA.

Ilustrísimo y reverendísimo señor: En la noche del 30 al 31 de diciembre último el rey Víctor Manuel llegó á Roma, como de improviso, con cuatro de sus ministros. Según lo que dicen de Florencia, este viaje repentino fué deliberado y decidido en un consejo de ministros celebrado en la misma mañana del 30. Para tener un pretexto que justificase esta resolución, y para aminorar su importancia á los ojos de la diplomacia, se imaginó decir que el rey deseó ver por sus propios ojos los daños causados á la ciudad de Roma por el extraordinario desbordamiento del Tiber, y llevar por sí mismo un socorro eficaz alentando con su presencia á los pobres inundados. Pero bueno es observar que en la mañana del mismo día (30 de diciembre) el senado del reino había discutido y aprobado el proyecto de ley para la aceptación del plebiscito, y que la ley votada pocas horas antes por los senadores fué confirmada y rubricada por los ministros durante su permanencia de algunas horas en esta capital y publicada en la misma noche en la *Gaceta oficial de Roma*.

De este conjunto de actos parece deducirse naturalmente que se ha querido, por medio de un hecho inesperado, cerrar el camino á las observaciones contrarias que hubiera podido presentar tal ó cual potencia, y al mismo tiempo sancionar bajo una forma mas solemne las usurpaciones cometidas en detrimento del patrimonio de San Pedro y del catolicismo, haciendo suscribir al rey el decreto que las confirma sobre el terreno mismo de la espoliación.

En cuanto á mí, quiero creer que esta suposición no tiene fundamento, porque no puedo admitir que un ministerio llegue hasta el punto de obligar al rey á un viaje semejante y verdaderamente penoso, dado el estado de los caminos únicamente para hacer la mas sangrienta afrenta á la dignidad del pontífice y á la soberanía del padre santo.

A las cinco de la tarde del mismo día, 31 de diciembre, Víctor Manuel volvía á Florencia; así su permanencia en Roma no pasó de trece horas.

Por lo demás, y sea á consecuencia del mal tiempo, ó de los desastres sufridos por el pueblo, ó por el descontento general, se le ha hecho un recibimiento mucho mas frío y pobre todavía de lo que podía esperarse. A escepcion del príncipe Doria y de un Sr. Placidi abogado, la misma municipalidad, aunque invitada y prevenida á tiempo, no acudió á la estación para recibirle. El pueblo con su natural buen sentido no deja de comparar las manifestaciones espontáneas y universales de que el papa era objeto con la que se ha querido hacer para festejar á Víctor Manuel; y observa además que se habían tomado todas las disposiciones posibles para hacerla brillante por el número y por las aclamaciones, porque según se decía era la primera vez que aparecía entre sus súbditos.

Creo inútil insistir sobre esto, porque el representante de ese gobierno no habrá dejado de dar conocimiento al señor ministro de negocios extranjeros de lo que ha pasado y de las impresiones producidas por semejante acontecimiento.

Roma 2 de enero de 1870.—*J. Cardenal Antonelli*.

En Roma, como en multitud de ciudades, hay la costumbre entre las familias cristianas de hacerse obsequios y regalos en los días de la Epifanía (Befana en Roma en lenguaje vulgar), en memoria de la adoración de los reyes y de los presentes que ofrecieron á Jesús. Este año un coro de nobilísimos niños de las primeras familias de Roma presentaron al papa los regalos de la Befana. Pio IX, que estima en mucho las costumbres cristianas, se dignó recibir á los inocentes niños, y á pesar de sus gravísimos cuidados y angustias conversó con ellos, dirigiéndoles palabras de la mas amable sencillez evangélica. El *Buon Senso* del 7 nos

da un resumen de las palabras de Pio IX, que incompleto como es, es todavía bastante precioso para interesar á nuestros lectores.

«Yo me siento conmovido,—respondió Pio IX á la tierna composición que le leyó una niña en nombre de sus compañeras,—yo me siento profundamente conmovido al verme rodeado de esta querida inocencia. Agradezco vuestros dones, y os diré algunas palabras que espero quedarán grabadas en vuestros corazones infantiles. Cuando Jesús niño tuvo que huir de Belén á Egipto, caían los ídolos que estaban en el camino: ojalá suceda lo mismo con vosotros cuando recibais por primera vez á Jesús en vuestros corazones; es decir, que caigan los ídolos que pudieran encontrarse allí y que pudieran ser la vanidad, la obstinación, la pereza.»

Aquí recordó que Jesús, cuando volvió á Nazaret, estuvo sujeto á sus padres, aunque era infinitamente superior á ellos, y que el evangelista, al hablar de esta sumisión, añade que Jesús crecía en sabiduría y gracia. «Este crecimiento, dijo Pio IX, no era mas que aparente; porque en él, Hijo de Dios, estaba la plenitud de toda sabiduría y de toda virtud; pero quiso que apareciera así ante los hombres para enseñarnos que la obediencia es la raíz de toda otra virtud cristiana, y principalmente de aquella sabiduría que está en amar la virtud y la ley de Dios, y de aquella gracia que consiste en agrandar honestamente aun á los hombres, porque esto sirve para conducirles al bien y hacer amable la virtud. Los modales descorteses y otros defectos son contrarios igualmente á la caridad cristiana y á la sociedad culta, mientras que la cortesía y afabilidad contribuyen á ejercitarnos mutuamente en el bien y á retirarnos de faltas en que podríamos caer.» A este propósito citó un ejemplo de la vida de San Luis Gonzaga, el cual de un breve diálogo que tuvo con un page sacó motivo de hermosa edificación.

Por último, alzando la voz dijo: «Ante todo, amad á Dios que es tan bueno, y amad á su Santa Madre, guardando religiosamente su devoción en vuestros corazones: ella os salvará de peligros en esta edad, que de peligros está llena, manteniéndoos fieles á la ley del Señor. Deseandoos á todos, queridísimos hijos é hijas, y á vuestras familias todo bien, os doy con todo mi corazón para vosotros y para ellas esta mi bendición.»

Aquí todos se arrodillaron, y él levantando las manos bendijo aquellas jóvenes esperanzas de una edad que esperamos mejor. Finalmente, llamando á los niños junto á sí, hizo distribuirles regalos adecuados á su edad, y con otras afectuosas palabras se separó de ellos, dejándolos un recuerdo que ciertamente nunca se extinguirá.

Se confirma la noticia de que el rey Guillermo ha escrito al papa una carta en que se manifiesta enemigo de la revolución italiana.

Conforme con esto, dice una carta de Florencia: «Las relaciones con Prusia dejan algo que desear. Personas bien informadas aseguran que á causa de una discordancia entre el lugarteniente del rey en Roma y el ministro plenipotenciario de Prusia, M. d'Arnim ha dirigido á Berlin una nota concebida en términos muy vivos contra el general Lamarmora.»

El rey de Prusia ha enviado quince mil francos para la suscripción en favor de las víctimas de la inundación de Roma.

Se han recogido ya mas de 18.000 firmas para la protesta contra la usurpación de Roma por Víctor Manuel; que ha redactado el casino de San Petronio en Bolonia. Pero aun es mas grave la oposición del senado, pues de sus cinco secciones tres han declarado que la ley de la traslación de la capital no puede ser válida hasta que la cámara de los diputados haya aprobado la ley de las garantías que han de darse al papa.